

Una estela salvaje

KATHRYN SCHULZ

Traducción de Marta Rebón

Título original: *Lost & Found*

Copyright © Kathryn Schulz, 2022

© de la traducción: Marta Rebón, 2023

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2023

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre, 2023

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Lucas Heinrich

Imagen de la solapa: © Dmitri Kasterine

ISBN: 978-84-127403-1-8

Depósito legal: B-17015-2023

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi padre, al que perdí,
y para C., que me encontró*

Nada abarca todo ni domina sobre todo.
Detrás de cada frase va la conjunción «y».

WILLIAM JAMES, *Un universo pluralista*

I
PÉRDIDAS

Nunca me han gustado los eufemismos para referirse a la muerte. «Pasó a mejor vida», «voló al cielo», «nos dejó», «le llegó la hora»: este lenguaje, por muy bienintencionado que sea, nunca me ha brindado consuelo. En aras de la delicadeza, se intenta suavizar el impacto y la brusquedad de la muerte; en aras de la comodidad, se elige lo seguro y familiar en lugar de lo bello y evocador. A mí me parece una manera de rehuir el tema, como mirar verbalmente a otro lado. Pero la muerte es tan imposible de evitar —esta es la verdad desnuda y fundamental— que cualquier intento de ocultarla parece fuera de lugar. Como escribió el poeta Robert Lowell: «¿Por qué no decir lo que pasó?».

Aun así, debo hacer una excepción. «Perdí a mi padre...» Hacía apenas diez días que había muerto cuando me vi recurriendo por primera vez a esta expresión. Estaba ya de vuelta en casa, después de largas semanas sin moverme de su lado en el hospital, después de su muerte, después del servicio fúnebre, empujada de nuevo a una vida que parecía idéntica a la de antes de irme, ordenada e iluminada por la luz diurna, aunque el dolor convertía cualquier obligación mundana en una tarea abrumadora. Tenía el teléfono atornillado entre el hombro y la barbilla. Mientras mi padre estuvo hospitalizado, primero en la unidad de cardiología, luego en la UCI y finalmente en cuidados pa-

liativos, recibí una serie de mensajes automáticos de la revista para la que trabajo en los que se me informaba de que debía cambiar la contraseña del correo electrónico, o se bloquearía. Estos mensajes llegaban con la regularidad de un reloj, recordándome que mi acceso expiraría en diez días, nueve, ocho, siete... Es asombroso cómo lo mundano y lo existencial siempre están pegados, como las páginas de un libro tan gastado que la impresión se ha transferido de una hoja a otra. No logré cambiar la contraseña; perdí el acceso a mi correo electrónico y, con él, cualquier posibilidad de resolver el problema por mi cuenta. Y así, poco después de que falleciera mi padre, me encontré hablando por teléfono con un técnico del servicio de atención al cliente, explicándole, aunque fuera del todo innecesario, por qué no había tomado a tiempo las medidas oportunas.

Perdí a mi padre la semana pasada. Tal vez porque aún estaba en esos primeros días distorsionados del duelo, cuando gran parte del mundo familiar parece tan extraño e inaccesible, de pronto me sorprendió como nunca lo extraño que sonaba esa frase. Obviamente, mi padre no se había alejado de mí como un niño pequeño en un pícnic, ni había desaparecido como un documento importante en una oficina en desorden. Y, sin embargo, a diferencia de otras formas indirectas de nombrar la muerte, esta fórmula no me parecía esquiva ni hueca. Sonaba sencilla, triste y solitaria, como el duelo en sí. Desde la primera vez que la pronuncié aquel día por teléfono, me dio la sensación de que era algo que podía usar, como se usa una pala o una campanilla: frío y sonoro, con un toque de desespero, pero también de resignación, un fiel reflejo de la confusión y la desolación propias del duelo.

Cuando hice indagaciones más tarde, descubrí que no era una coincidencia que «perder» se me hubiera reve-

lado tan adecuado. Siempre había supuesto que en referencia a los muertos se empleaba en sentido figurado, que quienes estaban de luto se lo habían apropiado y habían desvirtuado su significado original. Pero resulta que no era así. El verbo «perder» hunde sus raíces en la pena. La forma del participio pasado *lost* significa «perdido», pero también «olvidado», «desamparado». Proviene de una palabra del inglés antiguo que significa «perecer» y deriva, a su vez, de otra palabra aún más antigua que significa «separar», «cortar». El sentido moderno de extraviar un objeto no surgió hasta más tarde, en el siglo XIII; cien años después, *to lose* adquirió el significado de «no ganar». En el siglo XVI empezamos a perder la cabeza; en el siglo XVII, el corazón. Dicho de otro modo, el círculo de lo que podemos perder comenzó con nuestras propias vidas y con las de los demás, y desde entonces se ha ido ampliando sin cesar.

Así sentí la pérdida después de la muerte de mi padre: como un campo de fuerza concéntrico que se expandía sin parar. Al final incluso hice una lista de todas las otras cosas que también había perdido con el tiempo, sobre todo porque no dejaban de venirme a la mente. Un juguete de la infancia, un amigo de la infancia, un gato muy querido que un día se fue y nunca regresó, la carta que me escribió mi abuela cuando acabé la carrera en la universidad, una camisa de cuadros azules raída pero perfecta, un diario que escribí durante casi cinco años. La lista era interminable, una especie de antecolección, un catálogo melancólico de todo cuanto había ido perdiendo.

Cualquier lista como esa —y todos tenemos una— revela enseguida cuán extraña es la categoría de la pérdida: cuán enorme e inmanejable es, cuán poco tienen en común los elementos que la componen. Al reflexionar sobre ello, me sorprendió darme cuenta de que en realidad algunas

formas de pérdida son muy positivas. Podemos perder la timidez y el miedo, y, aunque resulta aterrador perderse en la naturaleza, es maravilloso perderse en un ensueño, en un libro o en una conversación. Pero se trata de felices casos excepcionales en un ámbito por lo general difícil de la experiencia humana. Nuestras pérdidas suelen parecerse más a la muerte de mi padre: nos empobrecen la vida. Puedes perder la tarjeta de crédito, el carné de conducir, el recibo de una compra que quieres devolver; puedes perder la reputación, los ahorros de toda una vida, el trabajo; puedes perder la fe y la esperanza; puedes perder la custodia de tus hijos. Gran parte de la experiencia del desamor también entra en esta categoría: una ruptura o un divorcio no deseados implican la pérdida no solo de la persona amada, sino también de la textura familiar de la vida cotidiana y de una preciada visión del futuro. Lo mismo ocurre con las enfermedades y lesiones graves, que pueden llevar a la pérdida de todo, desde capacidades físicas elementales hasta partes primordiales de nuestra identidad. Esto incluye algunas de nuestras experiencias más íntimas, como la pérdida de un hijo antes de nacer, así como algunos de los acontecimientos más públicos y devastadores de la historia: guerras, hambrunas, terrorismo, desastres naturales, pandemias, todas las horribles tragedias colectivas que revelan la pérdida en su forma más extrema.

Esta es la naturaleza esencial y voraz de la pérdida. Lo abarca todo sin distinción: lo trivial y lo importante, lo abstracto y lo concreto, lo extraviado temporalmente y lo desaparecido para siempre. A menudo procuramos ignorar su verdadero alcance, pero por un tiempo, tras la muerte de mi padre, vi el mundo tal como es en realidad, marcado por las pérdidas pasadas y la inminencia de las futuras. No se debió a que su muerte fuera trágica: mi padre murió en

paz a los setenta y cuatro años, atendido hasta el final por sus seres queridos. Fue porque su muerte no fue trágica; lo que me impactó fue que algo tan triste pudiera ser el curso normal y necesario de los acontecimientos. A raíz de eso, me pareció que cada vida individual contenía demasiada angustia para su efímera duración. La historia, que yo siempre había apreciado con sus lagunas y enigmas, de repente parecía poco más que un relato a gran escala de la pérdida, en especial cuando no podía ofrecer ningún relato. El mundo en sí se me reveló fugaz: glaciares, especies y ecosistemas desaparecían, daba la impresión de que los cambios ocurrían a cámara rápida, como si a los que estábamos vivos hoy se nos hubiera permitido verlo todo desde la escalofriante perspectiva de la eternidad. Todo parecía frágil, todo parecía vulnerable; la idea de la pérdida me asaltaba por todos lados, como un orden oculto de la existencia que solo emergiera en presencia del dolor.

Esta incesante desaparición no es el único tema de nuestras vidas; ni siquiera es el único tema de este libro. Aun así, en las semanas y meses posteriores a la muerte de mi padre, no podía dejar de pensar en ello, en parte porque me parecía importante entender qué tenían que ver todas esas pérdidas entre sí, y en parte porque me parecía importante entender qué tenían que ver todas ellas conmigo. Una billetera perdida, un tesoro perdido, un padre perdido, una especie perdida: por muy diferentes que fuesen entre sí, estas y todas las demás cosas que faltaban de repente se me revelaron cardinales para abordar la cuestión de cómo se debe vivir; parecían, por estar ausentes, tener algo urgente que decir sobre nuestra existencia en la Tierra.

Mi padre tenía algo urgente que decir sobre casi todo. El mundo entero le resultaba infinitamente interesante, y dis-

frutaba debatiendo sobre cualquiera de sus facetas: ya fuesen las novelas de Edith Wharton, la radiación cósmica de fondo, la regla del *infield fly* en el béisbol, las secuelas de la Ley Taft-Hartley de 1947, el descubrimiento de una nueva especie de mono nocturno en Sudamérica o los méritos del *apple pie* americano frente al *crumble* de manzana. En cuanto supimos hablar, a mi hermana mayor y a mí nos incluyó en estas conversaciones, aunque nunca le faltaron interlocutores. Mi padre atraía a la gente con el magnetismo de un planeta de tamaño mediano. Tenía una voz estentórea, un marcado acento europeo, una mente formidable, una barba de rabino, una barriga de Papá Noel y el alcance gestual del hombre de Vitruvio; en conjunto, el efecto que causaba era una mezcla de Sócrates y Tevie el Lechero.¹

El acento de mi padre era consecuencia de su infancia desarraigada, que le llevó también a dominar seis idiomas. Por orden aproximado de adquisición: yidis, polaco, hebreo, alemán, francés e inglés. Muy a mi pesar, a mi hermana y a mí nos educó exclusivamente en el último de estos, pero lo compensó con la prodigalidad con que lo hizo. Mi madre, profesora de francés y una gramática excelente, me enseñó a trabajar con el lenguaje: cómo pronunciar «építome», cuándo usar el subjuntivo, cómo distinguir entre los pronombres «quién» y «cuál». Pero fue mi padre quien me enseñó a jugar con el lenguaje. Gracias a su formación políglota, tenía una visión relativista de las reglas gramaticales y de su uso; no es que las desobedeciera a conciencia, pero le encantaba estirar las frases, hasta que casi se

1. Tevie el Lechero es el personaje principal de los cuentos recogidos en el libro de título homónimo de Scholem Aleijem. Representa al judío sufrido y trabajador, el padre de familia comprensivo y afable que afronta con entereza los reveses del destino. (N. del E.)

rompieran, antes de dejar que volvieran a su sitio con una violenta sacudida. No he conocido a nadie que pueda sacarse tan fácilmente de la manga frases asombrosas ni a nadie que se divierta tanto simplemente al hablar. Cuando expresé incredulidad en el momento en que corrigió mi pronunciación de «építome», enseguida me proporcionó un recurso mnemotécnico inolvidable: rima con «antílope, cíclope».

Existe un tópico según el cual todos los escritores han tenido una infancia infeliz y buscan refugio en el lenguaje y las historias para expresar o escapar de su miseria. En mi caso, no es cierto. Provengo de una familia feliz en la que el lenguaje y las historias eran un placer compartido y omnipresente. Uno de mis primeros recuerdos es el de ver a mi padre, con su metro setenta y cinco de altura, asomarse por la puerta mientras yo jugaba en la habitación: sorprendida por su aparición repentina, a mí me parecía un gigante benévolo y fascinante, que sostenía una antología Norton de poesía en una mano mientras agitaba la otra en lo alto como Merlín al tiempo que recitaba *Kubla Khan*. Otro recuerdo igualmente vívido data de unos años después, cuando nos hacía escuchar a mi hermana y a mí, boquiabiertas, el prólogo de *Los cuentos de Canterbury*, declamado en un entusiasta y estentóreo inglés medio. Mi madre pronto desistió de la tarea de convencerlo de que no nos diera cuerda a la hora de dormir; él era el encargado de leernos algo en voz alta cada noche, y lo hacía con gestos extravagantes, voces dramáticas, muchos golpes en sus rodillas, sobre las que estábamos sentadas, y una interpretación libérrima del cuento que tocara. En las mejores noches dejaba los libros a un lado y nos deleitaba con una serie de historias de cosecha propia sobre las aventuras de Yana y Egbert, dos hermanos aficionados al peligro provenientes

de un lugar llamado Rotterdam, un topónimo que eligió porque sabía que su sonido haría reír a sus hijitas.

Aunque mi padre era mucho más leído de lo que yo seré nunca, la literatura era su pasión, no su vocación. Era abogado de profesión y ocasionalmente daba clases en la Facultad de Derecho; ambos trabajos se le daban bien, pero sobre todo la docencia, pues encarnaba a la perfección el personaje del profesor distraído. Tenía una memoria prodigiosa, una curiosidad omnívota y la capacidad de separar el grano de la paja con la misma rapidez que una máquina clasificadora de monedas separa los centavos de los cuartos. Lo que no solía tener, al menos nueve de cada diez veces, era su billetera ni la menor idea de dónde había aparcado el coche. Conforme al estereotipo, estos despistes siempre parecían ser consecuencia de su extraordinario intelecto, como si se las arreglara para canalizar hacia propósitos mejores toda la energía mental que el resto de los mortales invertimos en no perder nuestras pertenencias. Relacionadas o no, estas curiosas cualidades contradictorias —una percepción notable del mundo y un notable olvido de este— eran dos de las características definitorias de su personalidad.

Entre las muchas cosas que mi padre era propenso a perder figuraba él mismo. Crecí en un suburbio de Cleveland, y varias veces al año íbamos a Pittsburgh a visitar a mi abuela materna. En teoría el viaje duraba poco más de dos horas, pero antes de cumplir los diez años yo ya sabía que debía alarmarme cuando mi padre se ponía al volante y anunciaba que conocía un atajo. Para un niño todos los viajes en coche son eternos, pero los nuestros eran mucho más largos de lo necesario, porque a mi padre, terco y amable a partes iguales, no se le podía convencer de que no sabía adónde iba. Recuerdo que una vez nos dirigimos más

de media hora hacia el oeste en lugar de hacia el este, y otra en que nos las arreglamos para tomar la misma salida incorrecta de la autopista tres veces consecutivas. Mi madre habría podido poner fin a todo esto, ya que tenía un sentido de la orientación mucho más afinado, pero también era una esposa amorosa y pragmática, por lo que solo intervenía con delicadeza en estas desventuras cuando teníamos prisa, cosa infrecuente según mi padre ya que, además de no tener sentido de la orientación, también carecía del sentido del tiempo.

En cualquier caso, como puede deducirse de su incapacidad para localizar una ciudad como Pittsburgh, mi padre era un caso perdido cuando se trataba de seguirles la pista a los objetos más pequeños. Su apodo cariñoso para mi madre era Maggie (derivado de Margot, su nombre de pila y el que usaba todo el mundo), y una de las frases que más oí de niña fue «Maggie, ¿has visto mi...?», seguido de talonario, gafas, lista de la compra, citación judicial, taza de café, abrigo de invierno, el otro calcetín, entradas para el béisbol o cualquier otra cosa extraviada, y eso varias veces al día. Sin falta, la parte final de este juego de pregunta y respuesta era: «Está aquí mismo, Isaac». Afortunadamente para mi padre, mi madre por lo general había visto el objeto perdido y recordaba dónde estaba, o bien, en caso contrario, tenía la paciencia de buscarlo hasta que aparecía. En consonancia con sus habilidades de orientación superiores, mi madre era paciente, metódica y muy consciente de su entorno.

Yo heredé esas cualidades de ella; mi hermana, que ahora es científica cognitiva en el MIT, no. En este sentido había una brecha en nuestra familia de cuatro, por lo demás muy unida. En una escala que va del orden compulsivo a la sublime despreocupación por el mundo físico coti-

diano, mi padre y mi hermana estaban..., en realidad, en ninguna parte; o cerca de la frontera entre Ohio y Pensilvania, en busca de esa escala. Mi madre y yo, entretanto, estábamos ocupadas organizándolo todo por colores y tamaños. Recuerdo nítidamente haber visto a mi madre intentando enderezar el marco de un cuadro un tanto torcido en el Museo de Arte de Cleveland. Mi padre, en cambio, se pasó unas vacaciones enteras con dos zapatos diferentes, porque no había metido otros en la maleta y descubrió que los que llevaba puestos no eran del mismo par solo cuando le pidieron que se los quitara en el control de seguridad del aeropuerto. El mejor numerito de mi hermana en cuanto a viajes en avión consistió en perder su ordenador portátil, tomar prestado el de su pareja y luego olvidárselo en una puerta de embarque de United Airlines una semana después del 11S, lo que estuvo a punto de provocar el cierre del aeropuerto de Oakland. También sobresale, al igual que en su día nuestro padre, en el sutil arte de la pérdida en serie: el móvil, una vez al año; la cartera, una vez cada tres meses; las llaves, una vez al mes. La única vez en mi vida adulta en que perdí la cartera, cometí el error de quejarme a mi hermana, que no dudó en reírse de mí: «Llámame cuando se sepan tu nombre en la Dirección General de Tráfico».

Como abanderada de mi linaje materno, al menos en este aspecto, siempre he tenido una inclinación natural a hacer cosas un poco antinaturales, como organizar la despensa por grupos de alimentos, o volver a colocar cada uno de los sesenta y cuatro lápices de colores en el mismo lugar que les asignó el fabricante. Esa actitud quisquillosa, por no decir compulsiva, puede ser útil cuando quieres ser capaz de encontrar tus pertenencias a ciegas; una de las razones por las que muy pocas veces pierdo cosas es que me

pongo enferma si no las devuelvo a su lugar destinado en casa. Hasta bien entrada la edad adulta, esta tendencia al orden, combinada con mis dos familiares directos que me hacían quedar bien en comparación con ellos, me llevó a creer que yo no era de ese tipo de personas que pierden cosas.

Pero el orgullo se esfuma después de tener que pasar-te tres cuartos de hora buscando el papel que acababas de tener en las manos, y la realidad al final se impone: todo el mundo es de ese tipo de personas que pierden cosas. Al igual que ser mortal, ser un poco despistado forma parte de la condición humana: llevamos perdiendo cosas de manera sistemática durante tanto tiempo que las leyes establecidas en el Levítico incluyen una advertencia para que no mientas sobre el hallazgo de las pertenencias perdidas de otro. La vida moderna no ha hecho más que empeorar este problema. En el mundo desarrollado, incluso las personas de medios modestos viven en una abundancia insondable en términos históricos, y cada nuevo artículo que poseemos se suma a la lista de objetos susceptibles de acabar perdidos. La tecnología tampoco ayuda, ya que nos ha vuelto crónicamente distraídos a la vez que nos proporciona enormes cantidades de cosas adicionales que perder. Hace tiempo que es así —el mando a distancia sigue siendo uno de los objetos que más se extravían en los hogares estadounidenses—, pero, a medida que nuestros dispositivos se vuelven cada vez más pequeños, las probabilidades de perderlos aumentan. Cuesta perder un ordenador de sobremesa, es más fácil perder un portátil o más todavía un teléfono móvil, y es casi imposible no perder un lápiz de memoria USB. Luego está el tema de las contraseñas, que son a los ordenadores lo que los calcetines a las lavadoras.